

libro. Cosas por toneladas que le dan a Ramón una euforia hietriónica.

Muchas cosas vió Gómez de la Serna en España. Descamos que en América las encuentre por montones, pues las cosas americanas tienen, tal vez, un corazón diferente.

«El Cólera Azul» es uno de los cuentos del libro, pero no el que nos gusta más. Aquí Ramón desenvuelve un mundo imaginativo del cual es creador absoluto, pero que al final le domina, obligándole a cortar con cierta brusquedad el relato. «El Cólera Azul» es un cuento de treinta páginas, también pudo haber tenido cien. En «Pueblo de Morenas», último cuento del libro está otra vez el mejor Ramón, lleno de aquel sano humorismo de la realidad, que le hace decir maravillosamente: «Tanta belleza morena les tenía consternados, porque no hay nada que dé más miedo a un inglés que el ver una morena». «Todos se habían comprado sombreros anchos, que se ponían como si se ensombrerasen con pequeñas plazas de toros». «No hay nada más indefenso que un inglés que ha reñido con su patria o su familia». «El señorito quería exportar a Inglaterra, el cante hondo, en jaulas para los ruiseñores».

«El Defensor del Cementerio», lo conocíamos de la «Revista de Occidente». Posee las mismas características de humor delicado sobre una realidad macabra y caricaturesca.

Ramón continúa impertérrito, gran capitán, dominado y dominante de un abigarrado mundo literario, presa del doble suplicio de conocer los problemas ajenos a él, a su mundo, y de mantener un silencio tan increíble como digno.—FERNANDO URIARTE.

LOS COMUNEROS, por *Germán Arciniegas*

Puedo decir que no son santos de mi devoción los innumerables historiadores de América. Y no es que sienta desapego

por los estudios históricos. Otra es la razón, y he de darla sin ambages: casi todos ellos escriben muy mal. Creen que el rastreo minucioso en archivos cerrados y el escrudiñar con benedictina paciencia infolios y pergaminos amarillentos son bases suficientes para escribir la historia de un pueblo, de una época o de un hecho. Ignoran, en su mayoría, la virtud de interpretar, y no creen que la historia sea también una de las bellas artes.

Algunos hay en Chile—ya se nos dijo por alguien que el hacer mala historia era ocupación obligada de chilenos—que en cuanto a estilo no lo hacen mejor que un estudiante de segunda enseñanza. En prosa desmayada y misérrima nos dan la cadena fatigosa de hechos grandes y pequeños, con verdadero regocijo notarial. Y de ahí el que seamos muchos los que no mostramos afición muy decidida por esa clase de estudios.

Lo anterior nos ha venido a la pluma después de saborear la lectura de «Los Comuneros» (1), el libro magnífico de Germán Arciniegas, ya conocido en España y en América por «El estudiante de la mesa redonda»

No se trata de un investigador pacienzudo que haya dado la plenitud de sus días al bucco incesante de archivos olvidados. Encontramos en él al artista con aficiones históricas, dominador profundo del idioma, y dueño y señor de un estilo que es un estilo y que es suyo.

Arciniegas hace esta autocrítica en un párrafo inicial: «El autor de este libro no es un historiador profesional. No quiere que hechos tan profundamente humanos como los que constituyen la materia del libro, se lean con la tortura que trae para cualquiera el ver la narración cortada por comillas, llamadas y catálogos de citas. Si el relato está muchas veces, salpicado de sangre, que al menos su lectura no sea un tormento. El autor aspira a presentar los hechos con toda sencillez

---

(1) Editorial A. B. C.—Bogotá, 1938.

y ha evitado, hasta donde le ha sido posible, la copia textual de documentos y las referencias que suelen hacer ciertos historiógrafos más temerosos que yo de que no se les crea».

La lucha del pueblo contra los delegados del gobierno español en América a fines del siglo XVIII, es el tema de «Los Comuneros». Narración sencilla, de una amenidad que cogería al lector más reacio a libros de su índole, da la sensación perfecta de la obra histórica, y no se ve en sus páginas la parte que la fantasía del autor haya podido tomar en él.

Esta nota apresurada sólo quiere dar la noticia de la publicación de «Los Comuneros» a los devotos de la buena historia. No faltará, seguramente, el investigador erudito que discuta al autor la autenticidad de una fecha. Pero lo que nadie podrá negarle, sin incurrir en pecado de necedad, es su firme poder de evocación y la belleza literaria de su obra que redime de su pobreza franciscana a muchos de los historiadores del continente.



ANIMO PARA SIEMPRE, por *Alberto Baeza Flores*, y VITALIDAD PARA EL SER, por *Juan Arcos*.—Poemas (1).

El poema que podríamos llamar, más que revolucionario, de orientación proletaria, es decir, el que canta a la plebe sufridora y le muestra horizontes de redención, ha tenido en Chile escasos cultivadores, y entre ellos el de más significación es, indudablemente, Gerardo Seguel.

Dos poetas jóvenes nos dan ahora, en un mismo volumen, los arrestos de su entusiasmo generoso.

Baeza Flores, que publicara hace poco más de un año su «Experiencia de sueño y destino», aparece en estos poemas de «Animo para siempre» con mayor claridad y con cierta

---

(1) Talleres Gráficos Longina.—Santiago, 1938.